

UNAMUNO Y MACHADO

Las coplas por la muerte de D. Guido ¿son de inspiración unamuniana?

Nuestro tristísimo siglo XIX que ha comenzado con una invasión, seguida de un marasmo letárgico, termina con una tragedia. Ante el desastre del 98, un grupo de españoles reacciona virilmente, y, sin ceder a las nostalgias azucaradas de las tierras calientes perdidas, se echa a la tarea de investigar el solar hispano y de descubrir y criticar sus lacras. Cuando todo parece definitivamente perdido, los mejores espíritus españoles levantan a trazallos, sobre la piel de toro, la conciencia nacional.

Desde la atalaya de una ciudad provinciana, alicaída y amodorrada, un joven profesor universitario, se entrega a la tarea de tomar el pulso a su país. Dejémosle hablar:

“...apenas obtuve la cátedra me encontré con un profesor eruditísimo, el cual me espetó una larga arenga para persuadirme de que dedicara mi vida a ser un helenista, y no sé si a desenterrar y publicar yo no sé qué manuscritos griegos que dicen hay en el Monasterio de El Escorial. Quería ya acotarme el campo y decirme “¡De aquí no se pasa!”. Pero yo, que sabía muy bien que no es de helenistas de lo que España más necesita, no le he hecho caso alguno, y de ello estoy cada vez más satisfecho. Sé más que el suficiente griego para poner a aquellos de mis alumnos que gusten de él en disposición de valerse por sí mismos y de hacer progresos en la lengua de Platón, y puedo ponerles al corriente de lo que se sabe de más importante respecto a la literatura griega. Fuera de esto no me creo obligado a hurtarme a los que estimo sagrados deberes para con mi patria, engolfándome en eruditas disquisiciones sobre este o el otro punto de filología o de literatura helénica, lo cual sería pasadero si no hubiese aquí labores más urgentes que acometer...”

(Diciembre de 1905. *Sobre la erudición y la crítica*).

Bien! Ya vemos cuál es su actitud. Don Miguel da su clase diaria lo mejor que puede; cumple a conciencia. Y luego... a mirar a España.

Pobre España! Ahoga sus penas con toros y cupletistas. Pues a dar latigazos. A levantar verdugones para sacar al pueblo de su abulia.

“Cuántas personas vienen de Madrid a este mi retiro de Salamanca me dicen que pocas veces ha florecido tanto la pornografía en la corte de España. Los teatrillos, y aun los teatros grandes se ven infestados por toda clase de cupletistas, bailarinas y heteras de alto o de bajo vuelo. La lujuria pública llega al delirio.

“Y qué escenas, me dicen, se presencian en ellos durante esas funciones...! El público brama y aúlla y pide todo género de contorsiones provocativas cuando las desdichadas bailan la machicha u otra cosa por el estilo. Me han contado de un espectador que en el delirio de la concupiscencia exclamaba, devorando con los ojos a la bailadora: “¡Ay, rica! ¡Todas mis fincas serán para ti!”

España desangrada, exhausta, asiste recocijada a las contorsiones de la cupletera que se busca la pulga... En el teatro el ambiente de lujuria es tan denso, que, diríase, puede cortarse con un cuchillo. En su franciscana morada salmantina, Unamuno escribe y medita sobre los males de España, reflexiona sobre el tónico tenoriesco:

“Y estad seguros que si Don Juan Tenorio hubiera vivido hasta llegar a edad respetable, habría acabado en ser un sesudo conservador, defensor del orden social, de la libertad “bien entendida” y de las venerandas tradiciones de nuestros mayores y miembro de cualquiera piadosa cofradía...” (Salamanca, marzo de 1907. *Sobre la lujuria*).

Han pasado unos meses tan sólo. Don Miguel en Salamanca está atento a cuanto de notable pasa a su alrededor.

“Víctor Said Armesto, mozo muy despierto y muy culto, profesor del Instituto de Segunda Enseñanza de León, acaba de publicar un libro, el primero, y quiera Dios que no el último de los suyos, titulado *La Leyenda de Don Juan, Orígenes poéticos del Burlador de Sevilla y el Convidado de piedra*. Libro que aun siendo de erudición, y de erudición española, es un encanto...”

Y don Miguel, comentando el libro recién aparecido, vuelve a exponer sus ideas sobre don Juan:

“Si, como el gran poeta portugués Guerra Junqueiro, escribiese yo una *Morte de Don João*, le pondría al que fue seductor de oficio muriendo entre dos frailes, después de haberse confesado y comulgado devotamente y legado su fortuna, no a los hijos de sus desvaríos que pudieran andar por ahí perdidos y sin padre, sino a cualquier convento o para que se digan misas en sufragio de su alma”.

Salamanca. Enero de 1908. *Sobre Don Juan Tenorio*)

“Don Juan, después de pasados los años de su ardiente mocedad, suele casarse y se convierte en un respetable burgués lleno de achaques y de prejuicios, conservador recalcitrante y hasta neo. Oye misa diaria, pertenece a varias cofradías y abomina de cuantos no respetan las venerables tradiciones de nuestros mayores” (*Ibidem*).

“Y es fácil que muerto el caballero [Don Quijote] acabara Don Juan arrepentido de viejo, por casarse con la sobrina para tener quien le cuidase en su vejez, aunque esto es dudoso, visto que no debía ser muy grande su dote. Porque si bien lo que busca Don Juan viejo es quien le cepille la ropa, le lleve el caldo a la cama, le ponga bizmas, le dé friegas y le lea los periódicos para distraerle, tampoco descuida la dote” (*Ibidem*).

Hasta aquí el profesor salmantino.

*
* * *

En 1907 llega al Instituto de Soria un nuevo catedrático de francés con 32 años. En 1912, ya viudo, marcha a Baeza. En Soria o en Baeza da su clase con toda conciencia. Luego:

En mi estancia, iluminada
por esta luz invernal,
—la tarde gris tamizada
por la lluvia y el cristal—,
sueño y medito.

Anochece;
el hilo de la bombilla
se enrojece,
luego brilla,
resplándece,
poco más que una cerilla.
Dios sabe dónde andarán
mis gafas... entre librotos,
revistas y papelotes,
¿quién las encuentra?... Aquí están.
Libros nuevos. Abro uno
de Unamuno,
¡Oh, el dilecto,
predilecto
de esta España que se agita,
porque nace o resucita!
Siempre te ha sido, ¡oh Rector
de Salamanca!, leal
este humilde profesor
de un instituto rural.

Esa tu filosofía
que llamas diletantesca,
voltaria y funambulesca
gran Don Miguel, es la mía.

(*Poema de un día*, Baeza 1913).

Don Antonio, ya lo hemos visto, vuelve de clase. En su mesa de trabajo libros nuevos, revistas, periódicos. Abre uno. ¿No será por ventura allí donde lee el Ensayo sobre la lujuria del rector de Salamanca, sus impresiones sobre el libro del colega Said Armesto con las lucubraciones del profesor vascongado sobre la muerte de don Juan, si hubiera llegado a viejo...? Porque el rector de Salamanca le gusta imaginar lo que nunca fue, lo que pudiera haber sido. Don Juan murió joven, lo sabemos todos. Pero Unamuno imagina cómo hubiera muerto de llegar a viejo.

Recuerda, pues, o sueña tú, alma mía
—la fantasía es tu sustancia eterna—,
con tus figuraciones hazte fuerte,
que eso es vivir y lo demás es muerte.

(Unamuno. *Conversación Segundá*).

Don Antonio, ya se sabe; él mismo nos lo ha dicho:

¡Oh, estos pueblos! Reflexiones,
lecturas y acotaciones...

(Machado. *Poema de un día*).

El profesor del Instituto se escribe con el rector de Salamanca: "He dedicado mucho tiempo a leer y a comentar sus libros".

"Toda propaganda de ellos me parece poca"... "A primera vista parece esta ciudad mucho más culta que Soria, porque la gente acomodada es infinitamente discreta, amante del orden, de la moralidad administrativa... En el fondo no hay nada. Cuando se vive en estos páramos espirituales, no se puede escribir nada suave, porque necesita uno la indignación para no helarse también..."

(*Cartas de Machado a Unamuno*).

Tal vez un día en Baeza hay un entierro sonado. El acontecimiento rompe la monotonía de la población. Don Antonio oye contar de la vida y "milagros" del señorito que llevan a enterrar... Y amalgamando la anéc-

dota con los recuerdos de Unamuno, tan leído y admirado, que lleva tan dentro, del sedimento de sus reflexiones y lecturas surge su:

*Llanto de las virtudes y coplas por la muerte
de Don Guido*

Al fin una pulmonía
mató a don Guido, y están
las campanas todo el día
doblando por él ¡din-dan!

Murió don Guido, un señor
de mozo muy jaranero,
muy galán y algo torero;
de viejo, gran rezador.

Dicen que tuvo un serrallo
este señor de Sevilla; .
que era diestro
en manejar el caballo,
y un maestro
en refrescar manzanilla.

Cuando mermó su riqueza,
era su monomanía
pensar que pensar debía
en asentar la cabeza.

Y asentóla
de una manera española,
que fue casarse con una
doncella de gran fortuna;
y repintar sus blasones,
hablar de las tradiciones
de su casa,
a escándalos y amoríos
poner tasa,
sordina a sus desvaríos.

Gran pagano,
se hizo hermano
de una santa cofradía;
el Jueves Santo salía,
llevando un cirio en la mano
—¡aquel trueno!—
vestido de nazareño.

Hoy nos dice la campana
que han de llevarle mañana
al buen don Guido, muy serio,
camino del cementerio.

Buen don Guido, ya eres ido
y para siempre jamás...

Alguien dirá: ¿Qué dejaste?

Yo pregunto: ¿Qué llevaste
al mundo donde hoy estás?

¿Tu amor a los alamares
y a las sedas y a los oros,
y a la sangre de los toros
y al humo de los altares?

Buen don Guido y equipaje,
buen viaje!...

El acá
y el allá

caballero,
caballero,
se ve en tu rostro marchito,
lo infinito:
cero, cero.

¡Oh las enjutas mejillas,
amarillas,
y los párpados de cera,
y la fina calavera
en la almohada del lecho!

¡Oh fin de una aristocracia!
La barba canosa y lacia
sobre el pecho;
metido en tosco sayal,
las yertas manos en cruz,
¡tan formal!
el caballero andaluz.

¿No crees, lector, con nosotros, que estos versos de don Antonio Machado, tienen un eco unamuniano innegable?

LUIS CORTÉS

Universidad de Salamanca
Gran Vía, 4
Salamanca